

LA POSADERA

de
Carlo Goldoni

Versión libre de:
Francisco Romero

Estrenada en el Corral de Comedias de Almagro por la Compañía Corrales de Comedias Teatro en Marzo de 1999 con la dirección de Ernesto de Diego.

PERSONAJES:

FABRICIO
MIRANDOLINA
CABALLERO
MARQUÉS

La escena representa la posada de Mirandolina. Se trata de una posada situada en una ciudad costera.

PRIMERA PARTE. SALA DE LA POSADA

La sala está en penumbra cuando aparece Fabricio y se dirige al público. El mobiliario se encuentra cubierto por telas.

FABRICIO. El otoño había llegado y los veraneantes habían partido hacia sus lugares de origen... Esta posada estará cerrada durante unos meses mientras nos preparamos para la próxima temporada. Durante muchos años, cuando vivía el difunto padre de mi patrona Mirandolina, éste fue un lugar tranquilo y muy acogedor, pero el pasado invierno murió don Lucas y su negocio lo heredó su hermosa hija soltera... De repente comenzaron a llegar a la posada todo tipo de caballeros, todos se interesaban por mi patrona, o sería más correcto decir por ella y su herencia, pero Mirandolina, tras muchos años de trabajar en el negocio, sabía como tratar a los hombres y le gustaba jugar con su ambición... *(Comienza a quitar las telas.)* Hace unas semanas llegaron a la posada dos individuos muy peculiares que hicieron que la rutina de este lugar cambiara.

Entra el Marqués.

MARQUÉS. Buenos días. *(Sale.)*

FABRICIO. Buenos días, señor marqués... Podría contarles lo que pasó, pero será mejor que conozcan la historia de primera mano. *(Sale llevándose las telas.)*

*El escenario se ilumina con más intensidad y entra Mirandolina.
Mira el estado del mobiliario y del suelo.*

MIRANDOLINA. ¡Fabricio, ven a limpiar esta sala inmediatamente!

Entra Fabricio con una escoba y un plumero.

FABRICIO. A eso venía patrona.

MIRANDOLINA. ¿Has arreglado las habitaciones que han quedado vacías?

FABRICIO. Sí, están preparadas.

MIRANDOLINA. Cuando termines ve a la lonja a recoger el pescado.

FABRICIO. Así lo haré. ¿Manda algo más mi señora?

MIRANDOLINA. Por ahora es suficiente. *(Sale.)*

FABRICIO. Las mujeres son impredecibles y juegan a rechazar lo que más desean mientras se congratulan con lo que desprecian. El Marqués empeñado está en lograr sus favores. Ella, por el momento, parece que lo rechaza, pero yo no sé como entenderlo. Por otra parte, el Caballero que llegó anoche me tiene muy intrigado, su porte denota grandeza y tiene aspecto de enamorar a las mujeres, puede que éste sí interesé a mi patrona, aunque noté algo extraño en sus maneras que aún no sé como entender. Mejor me callo que por aquí llega el Marqués con todas sus alharacas.

Entra el Marqués muy inquieto, va mirando como le queda su traje.

MARQUÉS. Dime, criado, si me ha quedado bien colocada mi indumentaria.

FABRICIO. ¿Acaso no tenéis sirvientes que os ayuden a vestiros?

MARQUÉS. No te creía tan insolente y me quejaré a tu patrona por esta

desconsideración.

FABRICIO. Perdonadme, Marqués, pero mucho me ha sorprendido que un noble de tan gran poder y fortuna viaje sin llevar consigo ni un solo criado.

MARQUÉS. La discreción me ha aconsejado venir solo, aunque muy pronto vendrán mis ayudas de cámara con mi carroza.

FABRICIO. Nada menos que ayudas de cámara y carroza tiene vuestra merced. Seguro que también tiene un palacio.

MARQUÉS. Y muchas más cosas que por modestia me callo. No es de buen gusto que uno de los miembros más importantes de la nobleza presuma de sus riquezas.

FABRICIO. Me extraña que no halláis encontrado alojamiento de más nivel que esta humilde posada. Cerca de aquí hay una mansión que haría justicia a vuestro linaje.

MARQUÉS. Cierto, pero no me gusta vanagloriarme de mi poder y busco tranquilidad.

FABRICIO. Ya, tranquilidad y recogimiento... Y supongo que la posadera os habrá pasado desapercibida.

MARQUÉS. (*Alterado.*) ¡Qué dices de tu dueña!

FABRICIO. Que un marqués que trata con princesas, come con condesas, cena con duquesas y desayuna con herederas no se debe haber fijado en una vulgar posadera.

MARQUÉS. ¡Cómo te permites hablar en ese modo de tu patrona! No pienso consentir que un simple lacayo llame vulgar a tan extraordinaria mujer.

FABRICIO. Perdonadme de nuevo, en ningún momento he pretendido insultar a mi patrona. Si os he hablado de esta manera es porque me preocupa mucho su felicidad y no me gustaría que ningún hombre se burlara de ella.

MARQUÉS. Me parece que te tomas atribuciones que se alejan de las funciones de un criado.

FABRICIO. Es natural que todo hombre se preocupe de quien le da de comer.

MARQUÉS. Entonces puedes estar muy tranquilo. Mientras yo esté presente seré su protector, y si nos eres fiel no te faltará trabajo durante mucho tiempo...

FABRICIO. Muy agradecido por vuestra generosa oferta, pero antes debería saber cuales son vuestros propósitos con mi patrona.

MARQUÉS. Para eso debo contar con tu confianza y discreción.

FABRICIO. Ésas son las palabras que mejor me definen. Fiel y discreto soy con aquellos que buscan el bien de mi dueña.

MARQUÉS. Estoy aquí porque amo a la posadera y quiero que se case conmigo.

FABRICIO. ¿La amáis sólo a ella o también os parece hermosa su herencia?

MARQUÉS. ¿Crees que con mi holgada posición me puede preocupar el dinero?

FABRICIO. Yo ya no sé lo que creer. ¿Estáis convencido de que Mirandolina os ama?

MARQUÉS. Por supuesto. ¿Acaso podría conocer ella a hombre más valeroso, inteligente, noble y rico que yo?

FABRICIO. Seguro que no, y lástima que vuestra inmensa modestia no os halla permitido mencionar el resto de la infinidad cualidades que os adornan.

MARQUÉS. Muy cierto.

FABRICIO. Si me disculpáis he de continuar con mi trabajo. Mis ayudantes de cámara no pueden limpiar solos las habitaciones. *(Sale.)*

MARQUÉS. ¡Qué desfachatez! Me temo que no he hecho bien en confiarle mis propósitos. Seguro que sirve a otro pretendiente de mi amada. Me quejaré a Mirandolina, no le conviene tener un criado tan insolente que la pueda traicionar por unos reales.

Entra el Caballero.

CABALLERO. Buenos días, Marqués. ¿Habéis pasado una buena noche?

MARQUÉS. No tan buena como hubiera deseado. La suerte me traicionó en el casino.

CABALLERO. Si cambiarais el juego por la lectura encontraríais más placer y menos motivos de queja.

MARQUES. ¿Cómo os permitís?

CABALLERO. He escuchado vuestros lamentos cuando llegaba.

MARQUÉS. Lo hacía por la falta de formalidad del criado de nuestra posadera.

CABALLERO. No imaginaba que os preocuparais por semejante nimiedad. Ni la posadera ni su criado merecen un segundo de mi atención. Nunca me preocupo por gente de tan bajo estrato.

MARQUÉS. No puedo admitir que tratéis de ese modo a una mujer tan extraordinaria.

CABALLERO. No sé que puede tener de extraordinario una vulgar posadera.

MARQUÉS. Esa mujer cuenta con mi amor y protección.

CABALLERO. ¿Decís en serio que alguien de vuestra alcurnia puede haber caído en las redes de una plebeya?

MARQUÉS. La mujer que yo amo deja de ser plebeya.

CABALLERO. ¡Qué cosas se oyen! Por mi parte no hay peligro de que por las mujeres tenga que preocuparme. Nunca me ha enamorado de ellas, jamás les he tenido aprecio y siempre he creído que la mujer es para el hombre una insoportable enfermedad.

MARQUÉS. Puede que alguna lo sea, pero Mirandolina es diferente a todas. Si yo estoy enamorado de ella es porque tiene algo excepcional.

CABALLERO. Me hacéis reír. ¿Qué puede tener ésta que no sea común a las demás mujeres?

MARQUÉS. Es linda, habla muy bien, viste limpiamente, tiene un gusto excelente y una mirada que turba.

CABALLERO. Cosas que no valen nada. En el tiempo que llevo aquí nada especial he visto en ella, salvo que es dueña de la posada. Supongo que ése debe ser su mayor atractivo.

MARQUÉS. Os equivocáis. Tiene algo único. Yo, que he frecuentado el trato con las mejores damas, no he encontrado una sola que, como ésta, supiera unir la gentileza con el decoro y la belleza.

CABALLERO. ¡Pobre infeliz! A mí no me engañaría. A la larga todas las mujeres son iguales, unas intrigantes que tratan de aprovecharse de los hombres. Confieso que os creía un hombre más curtido.

MARQUÉS. ¿Nunca os habéis enamorado?

CABALLERO. Jamás lo he estado, ni lo estaré. Han hecho lo imposible para darme mujer, sin que nunca accediese a ello. Prefiero pasar la peor enfermedad antes que exponerme al matrimonio.

MARQUÉS. ¿No habéis pensado en la sucesión de vuestro linaje?

CABALLERO. Cierto que he pensado en ello; pero cuando considero que para tener hijos tendría que sufrir a una mujer, se me pasan rápidamente las ganas.

MARQUÉS. ¿Y qué pretendéis hacer con vuestras riquezas?

CABALLERO. Disfrutar con mis amigos lo poco que tengo.

MARQUÉS. ¿Y nada le quiere dar a las mujeres?

CABALLERO. Claro que sí. Mi más absoluto desprecio.

MARQUÉS. Por allí viene nuestra patrona. Miradla y decid si no es adorable.

CABALLERO. ¡Oh, que bella! Por mi parte aprecio cuatro veces más a un buen perro de caza.

MARQUÉS. Si no la apreciáis vos, la aprecio yo.

CABALLERO. Os la dejaría aunque fuese más hermosa que Venus.

Entra Mirandolina.

MIRANDOLINA. Saludo a los caballeros. ¿Alguno de ustedes me necesita?

MARQUÉS. Yo os necesito, mas no aquí.

MIRANDOLINA. ¿Dónde desea, excelencia?

MARQUÉS. En mi aposento.

MIRANDOLINA. ¿En su aposento? Si algo necesita, el camarero os atenderá.

MARQUÉS. (*Saca unos pendientes de un bolsillo.*) Lo decía para enseñaros estos pendientes. ¿Os gustan?

MIRANDOLINA. Lindos.

MARQUÉS. Son diamantes, ¿sabéis?

MIRANDOLINA. Ya supongo que estas diminutas piedrecitas pueden serlo.

MARQUÉS. No tan diminutas, y están a vuestra disposición.

CABALLERO. (*Bajo, al Marqués.*) (Amigo mío, eso es tirarlos.)

MIRANDOLINA. ¿Y por qué queréis darme esos pendientes?

MARQUÉS. Hacen justicia a vuestra belleza y os pido que por mi amor los toméis.

CABALLERO. (¡Qué necio!)

MIRANDOLINA. No debo aceptarlos...

MARQUÉS. Si no los tomáis, me enfadaréis.

MIRANDOLINA. No sé que decir a eso... Si no fuera porque me interesa conservar la amistad de mis huéspedes... Por no disgustar al señor Marqués, los tomaré.

MARQUÉS. (*Al Caballero.*) ¿Qué me decís de tan despierta gracia?

CABALLERO. (Sí que es despierta y muy astuta. Se queda con vuestro regalo y ni siquiera lo agradece.)

MIRANDOLINA. Ahora mis obligaciones me esperan, y si no necesitan nada más, me marcho.

CABALLERO. ¡Eh! ¡Patrona! Las sábanas que me han puesto no me gustan. Si no las tienen mejores, me compraré otras.

MIRANDOLINA. Mejores se le pondrán señor, pero me parece que podíais pedirlo con más delicadeza.

CABALLERO. Donde gasto mi dinero no necesito hacer cumplidos.

MARQUÉS. (A *Mirandolina*.) Compadecedle. El caballero es enemigo declarado de las mujeres.

CABALLERO. No necesito que me compadezcan, pues de nada carezco.

MIRANDOLINA. ¡Pobres mujeres! ¿Qué le han hecho? ¿Por qué es tan cruel con nosotras, señor Caballero?

CABALLERO. ¡Basta ya! Conmigo no se ha de tomar mayores confianzas. Cámbienme las sábanas. (*Sale*.)

MIRANDOLINA. ¡Qué hombre más salvaje! No he visto nunca otro semejante.

MARQUÉS. Querida, no todos saben apreciar vuestros méritos y belleza.

MIRANDOLINA. A fe que tan molesta estoy de sus maneras, que me gustaría despedirlo enseguida.

MARQUÉS. Hacedlo, y si no quiere marcharse, decídmelo a mí, que le haré partir inmediatamente. Haced siempre uso de mi protección.

MIRANDOLINA. Gracias, señor mío. Pero tengo valor suficiente para decirle a un huésped que no lo quiero en mi casa.

Entra Fabricio.

FABRICIO. *(Al Marqués.)* Ilustrísimo, aquí hay un hombre que pregunta por vos.

MARQUÉS. ¿Sabes quién es?

FABRICIO. Creo que un engarzador de joyas.

MARQUÉS. *(A Mirandolina.)* Vos merecéis mucho y yo no estimo en nada el dinero. Voy a ver a ese joyero.

MIRANDOLINA. ¡Oh, no! Señor Marqués.

MARQUÉS. Sí, me tiene que enseñar otra joya. Mirandolina, esos pendientes quiero que tengan compañía. *(Se va.)*

MIRANDOLINA. En verdad, el señor Marqués se toma muchas molestias.

FABRICIO. Demasiadas. Éste es de los que tienen cuatro duros y los gastan

por vanidad o por heredar posada. Piensan que a mujeres como vos se las vence con regalos.

MIRANDOLINA. Los regalos no le caen nada mal al cuerpo, aunque por si solos no bastan para lograr mi amor.

FABRICIO. ¿Y qué se necesita para conseguirlo?

MIRANDOLINA. ¿Por qué queréis saberlo?

Fabricio hace intento de responder pero se calla y sale.

MIRANDOLINA. El excelentísimo Marqués estaría dispuesto a casarse conmigo... Sin embargo se encontrará con mi oposición. Si me hubiera casado con todos aquellos que dijeron quererme en los últimos meses, ¡tendría ya tantos maridos! Muchos de los que llegan a esta posada dicen enamorarse de mí y me ofrecen el matrimonio. Sin embargo, ese Caballero ¿cómo me trata tan bruscamente? Es el primer huésped que no ha encontrado placer en tratar conmigo. No digo que todos tengan que enamorarse, pero ¿despreciarme así? Es algo que me revuelve la bilis. ¿Es enemigo de las mujeres? ¿No puede verlas? ¡Pobre loco! Seguro que no ha encontrado aún la que sepa tratarle, pero la encontrará. ¿Y quién sabe si no la habrá encontrado ya? Con ése me siento picada. Aquellos que me persiguen enseguida, rápidamente me fastidian. La riqueza la estimo o no la estimo. Todo mi placer consiste en verme cortejada, galanteada, adorada. Ésta es mi debilidad, y la de casi todas las mujeres. En casarme, ni siquiera pienso; no necesito a ninguno, que vivo honestamente y gozo de mi libertad. Trato con todos los que desean seducirme, pero éstos no me enamoran. Quiero burlarme de tantas caricaturas de enamorados ardientes, y quiero usar de todo mi arte para vencer, dominar y conquistar esos corazones bárbaros que subestiman la capacidad de la

mujer.

Regresa Fabricio.

FABRICIO. Patrona, el huésped que está en la cámara central se queja de las sábanas, dice que son ásperas y que no las quiere.

MIRANDOLINA. Lo sé, me lo ha dicho y quiero complacerle. Márchate que ya se las llevaré yo.

FABRICIO. ¿Se las vais a llevar vos misma?

MIRANDOLINA. Sí, yo.

FABRICIO. Os interesáis mucho por ese huésped.

MIRANDOLINA. Todos me interesan. Atended a lo vuestro.

FABRICIO. Siempre ha sido oficio mío servir a los huéspedes en sus habitaciones.

MIRANDOLINA. Es que a veces sois un poco rudo con ellos.

FABRICIO. Trato a cada cual según merece, aunque lamento no tener vuestra gentileza.

MIRANDOLINA. ¿Acaso sentís celos?

FABRICIO. ¿Por qué habría de sentirlos?

MIRANDOLINA. Supongo que creerás que soy una frívola, una coqueta y una loca.

Fabricio no contesta.

MIRANDOLINA. Si trato bien a los huéspedes que van y vienen es por mantener la fama de mi posada. No necesito sus regalos. En cuanto al amor, me basta con uno y sabré quien lo merece... Y cuando quiera casarme... Sé apreciar las buenas cualidades... pero no sé si se aprecian las mías.

FABRICIO. Nada os estoy reprochando.

MIRANDOLINA. Basta Fabricio, y entiéndeme si puedes. (*Se va.*)

Fabricio se queda pensativo. Entra el Caballero.

FABRICIO. Señor, aquí tenéis una carta urgente que acaba de llegar para vos.

CABALLERO. Gracias Fabricio. ¿Quieres traerme un chocolate? ¿Quién me escribirá y por qué tanta prisa en traérmela? (*La abre.*) «Queridísimo amigo: La sincera amistad que os guardo, me obliga a avisaros de la necesidad de vuestro regreso a la ciudad. Ha muerto el Barón Contreras... (¡Pobre caballero! ¡Cuánto lo lamento!) Deja a su única hija soltera más de quinientos mil reales. Todos vuestros amigos desearían que tal fortuna pasara a vos...» que no se molesten por mí. Ya saben que no quiero mujeres a mi lado. ¿Qué me importa todo ese dinero? (*Entra Fabricio con el chocolate.*) Mientras esté solo, me basta con mucho menos. ¿Mujer a mí? Con mucho prefiero jaquecas. (*Rompe la carta.*)

Entra el Marqués.

MARQUÉS. ¿Os importa que os haga compañía?

CABALLERO. Me hacéis un honor. Fabricio, otra taza para el marqués.

FABRICIO. Lo siento señor, pero ya no queda más.

CABALLERO. Lástima... (*Sale Fabricio.*) Con gusto os ofrecería...

El marqués toma la taza y bebe.

MARQUÉS. Gracias. Cuando menos, entre vos y yo puede existir confianza.

No pretendéis interferir en mi amor como lo hace ese criado. *Bebe y come.*

CABALLERO. ¡Es vergonzoso! ¡Un caballero de vuestra clase enamorándose de una vulgar posadera! ¡Un hombre prudente como vos corriendo detrás de una mujer y disputándosela a su criado!

MARQUÉS. Señor mío, (*bebe,*) os confieso que ésta me ha embrujado. (*Come.*)

CABALLERO. ¡Locuras! ¡Flaquezas! ¿Queréis decirme por qué a mí no me embrujan? Sus hechicerías radican en sus mimos, en sus lisonjas; y quien de ellos está lejos, como yo, no corre peligro de embrujarse.

MARQUÉS. (*Bebe.*) Dejémoslo, en verdad lo que ahora me preocupa y fastidia es el administrador de mis fincas, pues no ha cumplido su palabra. Había prometido mandarme por correo seiscientas pesetas de plata y no han llegado.

CABALLERO. (*Va a beber, pero huele la jugada.*) No le deis importancia. Ya os los mandará en el próximo correo.

MARQUÉS. El caso es... el caso... (*Entrega la taza a Fabricio,*) es que me encuentro en un gran apuro y no sé como salir de él.

CABALLERO. Una semana más, una semana menos poco importa en alguien de vuestra condición.

MARQUÉS. Pero vos, que sois caballero, sabéis lo que significa mantener la palabra. Y si quisierais hacerme el favor, no pasaría tan mal trago.

CABALLERO. Si pudiese os serviría de corazón, mas estoy esperando y nada tengo.

MARQUÉS. No me daréis a entender que estáis sin dinero.

CABALLERO. (*Sacando una bolsa.*) Mirad. He aquí toda mi fortuna. Apenas cincuenta monedas.

MARQUÉS. Prestadme veinte, que veré entre tanto.

CABALLERO. Pero después yo...

MARQUÉS. ¿De qué tenéis miedo? Os lo devolveré.

CABALLERO. En fin tomad. (*Le entrega el dinero.*)

MARQUÉS. Si me disculpáis tengo un asunto urgente. Nos veremos más tarde. (*Guarda el dinero y se marcha.*)

CABALLERO. ¡Bravo! Pretendía estafarme seiscientas pesetas de plata y se ha encontrado con veinte. Al fin y al cabo eso no importa gran cosa... Por lo menos si no me lo devuelve no intentará sacarme más... Son curiosas las locuras que hacen los enamorados, son capaces de arruinarse mientras intentan sorprender a su amanda con diamantes.

Entra Mirandolina con las sábanas.

MIRANDOLINA. Aquí le traigo mejores ropas a su ilustrísima.

CABALLERO. Bien, dejadlas en mi habitación.

MIRANDOLINA. Os suplico que os dignéis en ver si son de vuestro gusto.

CABALLERO. ¿Qué género es?

MIRANDOLINA. Son de seda.

CABALLERO. No pretendía tanto. Me bastaba con que fuesen algo mejores que las otras.

MIRANDOLINA. Esta ropa sólo la empleo para el servicio de personas de valía, y con un caballero de vuestra calidad no me detengo en pequeñeces.

CABALLERO. Entregadle esa ropa al criado. No es necesario que os molestéis más por eso.

MIRANDOLINA. Nunca me molesto cuando sirvo a señores con tantos merecimientos.

CABALLERO. Está bien, está bien, ya no necesito nada más.

MIRANDOLINA. ¿Qué ha venido a hacer por aquí?

CABALLERO. Busco tranquilidad por unos días y alejarme de los que me asedian.

MIRANDOLINA. ¿Tanto os solicitan?

CABALLERO. Mucho más de lo que quisiera.

MIRANDOLINA. En mi posada encontraréis todo el sosiego que buscáis. No permitiré que nadie os moleste. Y ahora decidme que deseáis para comer.

CABALLERO. Comeré lo que haya.

MIRANDOLINA. Me agradecería conocer vuestro gusto. Si os apetece algo en particular, decidlo con libertad. Algún guiso especial, alguna salsa.

CABALLERO. Os lo agradezco, mas ni aún por ese camino lograréis hacer conmigo lo que habéis conseguido con el Marqués.

MIRANDOLINA. ¿Qué decís de la flaqueza de ese caballero? Llega a la posada para alojarse y pretende enamorar a la posadera. A mí no me interesa, y si con buenas palabras le hago caso es por no perder la clientela. Yo me río de los que intentan seducirme amparados en su riqueza o poder.

CABALLERO. Me complace vuestra sinceridad.

MIRANDOLINA. Es la única virtud que me queda.

CABALLERO. Sin embargo, sabéis fingir muy bien con quien os hace la corte.

MIRANDOLINA. ¿Yo fingir? ¡Válgame el cielo! Preguntad a ese señor si alguna vez le he dado una prueba de amor. No lo rechazo bruscamente, porque mi interés no lo permite, pero poco me falta. A estos hombres mujeriegos no los puedo ver. Los aborrezco igual que a las mujeres que corren detrás de los hombres. ¿Veis? No soy una niña. Tengo ya algunos años. No soy guapa pero he tenido buenas ocasiones de casarme, aunque no he querido porque aprecio infinitamente mi libertad.

CABALLERO. La libertad es un gran tesoro.

MIRANDOLINA. Y muchos la pierden tontamente. ¿Tiene mujer vuestra ilustrísima?

CABALLERO. ¡Libreme el cielo! No quiero mujeres a mi lado.

MIRANDOLINA. Muy bien dicho. Consérvese siempre así. Las mujeres señor... pero basta, no es a mí a quien corresponde hablar mal de ellas.

CABALLERO. Sois la primera mujer a quien oigo hablar así.

MIRANDOLINA. Nosotras, las posaderas, vemos y oímos tantas cosas que en verdad comprendo a aquellos hombres que sienten miedo de nuestro sexo. Pero me marchó, no quisiera ser inoportuna.

CABALLERO. No, me causáis agrado, me divertís.

MIRANDOLINA. ¿Veis señor? Así me comporto con los demás. Me

entretengo con ellos un rato para distraerles, y les digo unas bromas, y ellos inmediatamente se imaginan... Vamos que empiezan a cortejarme.

CABALLERO. Eso sucede porque tenéis buenos modales. ¿Y se enamoran?

MIRANDOLINA. ¡Fijaos que gran debilidad! ¡Enamorarse de pronto de una mujer!

CABALLERO. Eso es algo que nunca he podido comprender. ¡Debilidades! ¡Miserias humanas!

MIRANDOLINA. Éste es un pensamiento auténticamente varonil. Dadme vuestra mano.

CABALLERO. ¿Para que queréis mi mano?

MIRANDOLINA. Hacedme ese favor, si no os molesta; mirad, están limpias.

CABALLERO. He aquí mi mano.

MIRANDOLINA. Es la primera vez que tengo el honor de estrechar la mano de un hombre que piensa como tal.

CABALLERO. (*Retirando la mano.*) Bueno, ya está bien.

MIRANDOLINA. Daos cuenta: si yo hubiese estrechado la mano de uno de esos señores, al momento hubiera creído que estaba enamorada de él. No les entregaría yo mi pobre libertad ni por todo el dinero del mundo. ¡Bendito sea el poder de conversar con libertad!. Sin pasiones, sin malicia, sin tanta ridícula simpleza. Perdonad mi impertinencia, y en todo aquello que pueda

serviros, mandadme con entera confianza.

CABALLERO. ¿Por qué motivo vais a tratarme con tanta deferencia?

MIRANDOLINA. Porque estoy segura de que os puedo tratar sin que queráis hacer mal uso de mis atenciones y de que no me atormentaréis con pretensiones ridículas. Y ahora, señor, voy a seguir con mis ocupaciones. Si queréis alguna cosa os enviaré al camarero.

CABALLERO. Muy bien... Y si vais a mi habitación alguna vez, os recibiré con gusto.

MIRANDOLINA. Yo no suelo entrar en los aposentos de los huéspedes. Pero al de vos iré alguna vez porque me agradáis mucho.

CABALLERO. ¿Os agrado yo?

MIRANDOLINA. Me gustáis porque no sois mujeriego, porque no sois de esos que andan enamorándose. (*Se va.*)

CABALLERO. (*Solo.*) ¡Alto! Yo sé lo que me hago. ¿Con las mujeres? No, lejos de ellas. Pero ésta sería una de las pocas a las que me acercaría. No sé que tiene de extraordinario, pero no por ello he de permitir que me enamore. Aunque no hay peligro. Son unos locos aquellos que se enamoran. (*Sale a la calle.*)

Entra Fabricio.

FABRICIO. Válgame el cielo si entiendo lo que acabo de escuchar desde la puerta. En mi vida he visto actuar a Mirandolina de esa manera. Será posible

que trate de seducir a un enemigo tan declarado de las mujeres.

Entra el Marqués.

MARQUÉS. Otra vez tú por aquí.

FABRICIO. No olvide mi señor que trabajo en esta posada y mis quehaceres me llevan continuamente de un lugar a otro para tener bien atendidos a los huéspedes.

MARQUÉS. ¿Sabes dónde está tu patrona?

FABRICIO. Ella no está obligada a darme fe de todo lo que hace.

MARQUÉS. Ve a buscarla.

FABRICIO. ¿Para qué?

MARQUÉS. ¿Acaso te importa? Con decirle que el Marqués desea verla acudirá inmediatamente.

FABRICIO. Olvidaba vuestra importancia, rango, valor y alcurnia. *(Sale.)*

MARQUÉS. Será posible tener que soportar tanta insolencia.

Entra el Caballero.

CABALLERO. ¿Otra vez os lamentáis mi buen amigo?

MARQUÉS. No me gusta el criado de nuestra posadera. Creo que no le

conviene.

CABALLERO. No me digáis que tenéis celos de un vulgar criado.

MARQUÉS. Jamás, pero su insolencia no favorece a mi amada Mirandolina. Tendré que pedirle que lo despida.

CABALLERO. ¿Acaso estáis pensando en dejar vuestro palacio para convertirlos en posadero?

MARQUÉS. ¿Por quién me tomáis?

CABALLERO. Dicen que los enamorados son capaces de hacer locuras por vulgares mujeres.

Regresa Fabricio.

FABRICIO. Dice mi patrona que enseguida viene.

MARQUÉS. Puedes retirarte y continuar con tus quehaceres.

FABRICIO. Precisamente se encuentran en esta habitación. (*Saca un plumero y comienza a limpiar.*)

CABALLERO. (*Al Marqués.*) A mí me parece eficiente en su trabajo, aunque algo respondón.

MARQUÉS. Y entrometido.

Entra Mirandolina.

MIRANDOLINA. ¿El señor Marqués desea verme?

El Marqués saca un pañuelo de encaje y finge secarse la frente.

MIRANDOLINA. ¡Un buen pañuelo, señor Marqués!

MARQUÉS. ¿Es bonito? ¿Tengo buen gusto?

MIRANDOLINA. Ciertamente, tenéis un gusto exquisito.

MARQUÉS. ¿Los habéis visto alguna vez más lindo?

MIRANDOLINA. Jamás. Un encaje precioso.

MARQUÉS. Acaban de traérmelo de Almagro.

CABALLERO. ¿Por un casual os ha costado veinte pesetas?

MARQUÉS. Yo nunca hablo de dinero delante de una dama, y menos cuando se trata de algo tan exquisito.

MIRANDOLINA. El señor Marqués conoce, distingue, sabe, ve y entiende.

MARQUÉS. Tomad, os lo regalo.

MIRANDOLINA. Excelencia, perdonad pero no puedo aceptarlo.

MARQUÉS. No me hagáis enfadar.

MIRANDOLINA. Si insistís con tanto ímpetu, lo acepto. Yo no quiero

disgustar a nadie.

FABRICIO. (¡Bonita desfachatez!)

MARQUÉS. (*Al Caballero.*) ¿Qué decís a esto? Un pañuelo como ése y se lo regalo a mi patrona.

CABALLERO. Sois enormemente generoso con nuestro dinero, aunque dudo que vuestros dispendios sirvan para algo.

MIRANDOLINA. No niego que son agradables y que a ninguna mujer enojan.

CABALLERO. (Hábil mujer ante tan flaco oponente. Me avergüenzo de lo bajo que puede caer un noble.)

MARQUÉS. (*A Mirandolina.*) Muy pronto tendréis el collar que acompañará a los pendientes.

MIRANDOLINA. No es necesario que os molestéis.

CABALLERO. (*Al Marqués.*) ¿Cómo lo habéis de pagar, con pagarés o con gratitud?

MARQUÉS. Me ofenden vuestras dudas.

FABRICIO. El mísero siempre alardea de sus riquezas.

MARQUÉS. ¿Qué insinúas tú?

FABRICIO. ¡Ay mísero de mí que he de limpiar el polvo de los ricos para seguir siendo pobre!

MIRANDOLINA. ¡Márchate Fabricio, no me gusta tu insolencia con los clientes!

FABRICIO. Ya me marchó, patrona. (*Sale.*)

MARQUÉS. Un criado como ése no os conviene.

MIRANDOLINA. No niego su descaró, pero es fiel y eficiente y una mujer pobre e indefensa necesita de alguien que la proteja de los que quieran aprovecharse de su ingenuidad.

CABALLERO. (A fe mía que ya quisiera yo la indefensión y la ingenuidad de esta pobre mujer.)

MARQUÉS. Si aceptarais mi propuesta, dejaríais la posada para vivir en un palacio servida por criadas más fieles y eficientes que a ése al que protegéis.

MIRANDOLINA. No conozco mejor lugar para una posadera que su posada y muy grande parece un palacio para quien no lo desea disfrutar.

CABALLERO. (*Al Marqués.*) Me parece que vuestros regalos y elogios llegan a terreno baldío. Más recompensa obtendríais elogiando a vuestros caballos y regalando a los clérigos, pues estos a cambio dan indulgencias y los otros, al menos, nos permiten ganar en las carreras. Si me acompañáis os enseñaré un portento de caballo, donde la fuerza y belleza superan a los de cualquier mujer.

MARQUÉS. Aunque no esté de acuerdo, y como valedor de esta gran dama, os acompaño.

Salen el Marqués y el Caballero.

MIRANDOLINA. El Marqués jamás llegará a enamorarme con sus presuntas riquezas y afán de protección, que no es plato de mi gusto quien sólo trata de halagarme... En cuanto al Caballero. ¡Qué desvergüenza al compararme con un caballo! He de vengarme de él... Empeñada estoy en enamorarle y no abandonaría este placer ni por una joya con el doble de valor. ¿Será posible que no ceda? ¿Quién puede resistirse a una mujer cuando se le da tiempo para emplear sus artes? El que huye no puede temer el ser vencido, pero quien no huye, quien escucha, y encuentra gusto en ello, tarde o temprano tiene que caer. (*Se va.*)

SEGUNDA ESCENA. APOSENTO DEL CABALLERO.

FABRICIO. (*Mientras prepara el escenario.*) Supongo que ya habrán tenido ocasión de conocer a los protagonistas de esta historia y calibrar sus propósitos. En cuanto a mí reconozco que el Caballero me tenía muy intrigado. Parecía un hombre tan seguro que su mayor debilidad era su firmeza. Aunque yo pienso que el hombre que no se doblega, fácilmente se puede quebrar. (*Sale y la luz cambia.*)

Entra el caballero, va leyendo un libro y se sienta.

CABALLERO. Cuánto más se aprende de los libros que de la gente necia. ¿Querer mezclarme en asuntos tan bajos de amores y celos? Puede que éste tampoco sea el retiro que buscaba para mi descanso y deba marcharme pronto.

Llaman a la puerta.

CABALLERO. Adelante.

Entra Fabricio llevando una sopera.

FABRICIO. El menú está listo señor.

CABALLERO. ¿Tan pronto se sirve la comida en esta posada?

FABRICIO. (*Mientras prepara la mesa y le sirve.*) La patrona ha querido que seáis el primero en ser atendido. Os envía también este vino de borgoña.

CABALLERO. Una mujer muy atenta.

FABRICIO. Demasiado atenta.

CABALLERO. Supongo que te gusta.

FABRICIO. Ése es un tema del que prefiero no hablar, aunque siempre he sido fiel a mi patrona.

CABALLERO. No entiendo como los hombres pueden sucumbir tan fácilmente a los escasos encantos de una mujer.

FABRICIO. (*Llenando una copa.*) Me parece que usted no puede entenderlo.

CABALLERO. Porque soy fuerte. Está visto que seduce a todos los hombres débiles. Tendría gracia que lo hiciese también conmigo, aunque antes de que yo reniegue de mi aversión a las mujeres, son necesarias muchas cosas.

FABRICIO. ¿Por qué ese desprecio? ¿Qué le han hecho para que usted las odie?

CABALLERO. Tengo motivos que a nadie interesan.

FABRICIO. No seré yo quien intente lograr su redención. Por cierto, dice la patrona que le cuente con todo detalle si le gusta esta salsa que ha hecho con sus propias manos.

CABALLERO. (*Probándola.*) Extraordinaria. Ve a decirle que me gusta y que se lo agradezco.

FABRICIO. Al momento. (*Se va.*)

CABALLERO. Si Mirandolina hace siempre lo mismo, no le faltarán huéspedes. Buena mesa, buenas ropas... Y no se puede negar que es muy agradable; pero lo que más me gusta de ella es la sinceridad que me ha mostrado y la capacidad de zafarse de los embaucadores. Las otras mujeres son falsas, mentirosas, lisonjeras... Pero esta hermosa sinceridad no es propia de una mujer. Debo corresponder con generosidad a sus cumplidos. Es necesario pagarle el doble, tratarla bien, pero salir corriendo para no caer en la debilidad de los otros hombres. Me marcharé mañana mismo.

Entra Mirandolina con otro plato.

MIRANDOLINA. Disculpad mi intromisión, pero quisiera tener el honor de poner este plato en vuestra mesa. (*Le sirve.*)

CABALLERO. Ése no es vuestro oficio.

MIRANDOLINA. Señor, sólo soy una servidora que desea complacer a quien tiene a bien venir a mi posada... Yo no tendría inconveniente en servir la mesa de todos, pero no lo hago por ciertos miramientos; no sé si vuestra señoría me entiende... Con vos, vengo sin escrúpulos, con toda confianza.

CABALLERO. Os lo agradezco. ¿Qué plato es éste?

MIRANDOLINA. Uno hecho por mí para dar gusto a alguien tan distinguido.

CABALLERO. Si tenéis algún quehacer, no os molestéis por mí.

MIRANDOLINA. Me gustaría saber si es de vuestro agrado este guiso.

CABALLERO. (*Lo prueba.*) ¡Exquisito! Este sabor... No sé lo que puede ser.

MIRANDOLINA. Yo tengo mis secretos. Estas manos saben hacer muy buenas cosas. Tomad otra copa de este buen vino. (*Llena la copa.*)

CABALLERO. Tenéis buen gusto para todo, pero os equivocáis al tratarme de diferente modo que los demás.

MIRANDOLINA. Bien sabéis que con vos no pretendo hacer méritos.

CABALLERO. Si es así, tomad una copa conmigo.

MIRANDOLINA. No merezco tanto favor, aunque aceptaré la invitación bebiendo de vuestra copa, así conoceré vuestros secretos.

CABALLERO. (Condenada, que hábil es.) Pero de pie estaréis incómoda. ¿Queréis sentaros?

MIRANDOLINA. Yo no merezco tanto, señor.

CABALLERO. Vamos, vamos, si no hay nadie. Tomad esta silla.

MIRANDOLINA. ¡Si lo supiera el señor Marqués, pobre de mí...!

CABALLERO. ¿Por qué?

MIRANDOLINA. Muchas veces me ha invitado y jamás he querido aceptar.

CABALLERO. Vamos, acomodaos.

MIRANDOLINA. (*Brindando.*) A la salud de todo aquello que sea del agrado del Caballero.

CABALLERO. Os lo agradezco.

MIRANDOLINA. En este brindis las mujeres no llevamos parte.

CABALLERO. ¿No? ¿Por qué?

MIRANDOLINA. Porque ya sé que no las puede ver.

CABALLERO. Cierto, jamás las he podido ver. Aunque no quisiera que vos me hicierais cambiar de opinión.

MIRANDOLINA. ¿Yo, señor? ¿Cómo?

CABALLERO. Sois una joven agradabilísima.

MIRANDOLINA. Creo que os burláis de mí.

CABALLERO. Vos sois la primera mujer de este mundo a quien he tratado con gusto.

MIRANDOLINA. Creo que no es mérito mío, pero a veces se encuentran caracteres que se compenetrán. Esta mutua inclinación se da incluso entre personas que no se conocen. También yo siento algo por vos.

CABALLERO. Temo que me hagáis perder el sosiego.

MIRANDOLINA. Si sois un hombre discreto, comportaos como tal. No caigáis en las flaquezas de los otros. Yo no quiero enloquecer por ningún hombre, y menos por uno que nos aborrece y que quizás viene ahora con palabras tentadoras para luego burlarse de mí. Os propongo un brindis por nuestra amistad sin malicia.

CABALLERO. (*Con languidez.*) Entonces que vivan los buenos amigos.

MIRANDOLINA. Viva quien bien se quiere...

Entra el Marqués.

MARQUÉS. Aquí estoy de nuevo. ¿Qué vivas son esos?

CABALLERO. (*Alterado.*) ¿Cómo os atrevéis señor Marqués?

MARQUÉS. Lo lamento, amigo. He llamado y no había nadie.

Mirandolina intenta marcharse.

CABALLERO. Esperad. (*Al Marqués.*) No me tomo yo tanta libertad con vos.

MARQUÉS. Excusadme. Somos amigos y creía que estabais solo. Me alegro de veros en compañía de nuestra adorable patroncilla. ¿No es una obra maestra?

MIRANDOLINA. Señor, yo estaba aquí sirviendo al señor caballero...

CABALLERO. Se ha sentido indispuesta y la he socorrido con una copita de borgoña.

MIRANDOLINA. Pero ya estoy mejor y me marchó.

MARQUÉS. Quedaos otro poco.

MIRANDOLINA. He de atender mis asuntos y además el señor Caballero...

MARQUÉS. Pedidse lo vos, pues parece que os tiene en mayor estima.

MIRANDOLINA. Bien sabéis que no hago distinción entre mis clientes.

MARQUÉS. (*Probando la comida del plato.*) Esto está muy bien. ¡Oh, qué plato! ¡Qué guiso! ¡Qué sabor!

CABALLERO. (*En voz baja a Mirandolina.*) (El Marqués tendrá celos de que estéis conmigo).

MIRANDOLINA. (*Bajo.*) (Eso me tiene sin cuidado.)

CABALLERO. (¿También vos sois enemiga de los hombres?)

MIRANDOLINA. (Como vos de la mujeres.)

CABALLERO. (Me parece que mis enemigas empiezan a vengarse de mí.)

MARQUÉS. Amigo, a vuestra salud. (*Bebe de la copa y la vuelve a llenar.*)

CABALLERO. Espero que la comida esté siendo de vuestro agrado.

MARQUÉS. No ha sido un mal detalle.

MIRANDOLINA. Cuidad que el vino no os haga daño.

MARQUÉS. No está mal.

CABALLERO. Pues bien que os habéis empleado en él.

MARQUÉS. Quiero que prueben un vino excepcional de una cosecha especial que embotellan para mí.

CABALLERO. ¿Donde está ese vino?

MARQUÉS. (*Sacando una pequeña botella del bolsillo.*) Aquí está.

MIRANDOLINA. Supongo que no queréis que el vino se nos suba a la cabeza.

MARQUÉS. Esta maravilla se bebe gota a gota como el espíritu de melisa. (*Abre la petaca y utiliza el tapón de vaso. Ofrece primero a Mirandolina y luego al Caballero.*); ¡Qué ambrosía! Qué digo: ¡Qué néctar!

CABALLERO. (*A Mirandolina, en voz baja.*) (¿Qué os parece esta porquería?)

MIRANDOLINA. (Agua de fregar.)

MARQUÉS. (*Al Caballero.*) ¿Qué decís?

CABALLERO. Muy bueno, exquisito.

MARQUÉS. ¿Os gusta, Mirandolina?

MIRANDOLINA. Yo no puedo disimular. No me gusta, lo encuentro muy malo y no puedo decir que es bueno. Alabo a quien sabe fingir. Pero quién sabe fingir en una cosa, sabrá también fingir en otra.

CABALLERO. (Me está haciendo reproches pero no entiendo por qué.)

MARQUÉS. De esta clase de vinos no entendéis nada. Os compadezco. En verdad, el pañuelo que os he regalado lo habéis sabido apreciar, pero este vino no sabéis valorarlo. (*Vuelve a beber y se tambalea.*)

MIRANDOLINA. Tenga cuidado no le haga daño, señor Marqués.

MARQUÉS. Vuestros lindos ojos son los que me hacen daño.

MIRANDOLINA. ¿De verás?

MARQUÉS. Caballero, estoy perdidamente enamorado de esta mujer.

CABALLERO. No sabéis cuanto lo lamento.

MARQUÉS. Vos no habéis probado jamás el amor de las mujeres. ¡Oh, si lo probaseis...! Ahora no me compadeceríais.

CABALLERO. Desde luego que os compadezco.

MARQUES. Yo soy celoso como un bruto. La dejo estar con vos porque se quien sois y como pensáis; de otro modo no lo consentiría ni por todo el oro del mundo. No quiero importunaros más. La siesta es sagrada después de este portentoso vino. (*Se va.*)

MIRANDOLINA. Después de muchas copas dirá.

CABALLERO. El pobre marqués está loco por vos.

MIRANDOLINA. ¿Es que soy yo de esas mujeres que hacen enloquecer a los hombres?

CABALLERO. (*Apasionado.*) Sin ninguna duda.

MIRANDOLINA. (*Marchándose.*) Perdonad, pero yo no hago enloquecer a nadie.

CABALLERO. (*Yendo hacia ella.*) Escuchadme.

MIRANDOLINA. Perdonad.

CABALLERO. (*Autoritario*) Quédate, digo.

MIRANDOLINA. ¿Que pretendéis de mí?

CABALLERO. Nada... Bebamos otra copa de vino.

MIRANDOLINA. Pero de prisa, que he de marcharme.

CABALLERO. Sentaos.

MIRANDOLINA. De pie.

El Caballero le alargaba la copa con dulzura.

MIRANDOLINA. Haré un brindis que me enseñó mi abuela... ¡Viva Baco y viva el Amor! Uno y otro nos consuelan; pues si uno va a la garganta, marcha el otro al corazón. Bebo el vino, y con mis ojos hago después lo que vos. (*Se va.*)

CABALLERO. ¡Venid aquí! ¡Ah, tunanta! Se ha escapado y ha dejado conmigo más de cien mil diablos que me atormentan.

Entra Fabricio.

FABRICIO. ¿Deseáis algo?

CABALLERO. Vete al diablo tú también.

FABRICIO. Con mucho gusto. (*Se va.*)

CABALLERO. «Bebo el vino y con mis ojos hago después lo que vos.» ¿Qué brindis misterioso es éste? ¡Ah, maldita, te conozco muy bien! Quiere dominarme, me quiere asesinar... ¡Pero lo hace con tanta gracia! ¡Sabe insinuarse con tal arte! No quiero volver a verla. ¡Malditas mujeres! Donde haya mujeres, lo juro, no vuelvo a poner los pies... Sin embargo, he de reconocer que no he podido despreciar a Mirandolina. Me ha vencido con tanta cortesía que casi me ha obligado a quererla, pero no debo fiarme de una

mujer... Debo irme inmediatamente si no quiero correr el peligro de que el amor me destruya. Sí, tomemos una determinación de hombre antes que se produzca la tragedia. (*Sale.*)

TERCERA ESCENA. SALA DE LA POSADA.

Entra el Caballero.

CABALLERO. (*Gritando.*) ¡Quiero que se me atienda inmediatamente!

Entra Fabricio.

FABRICIO. ¿Qué desea?

CABALLERO. Que me prepares la cuenta.

FABRICIO. ¿Está diciendo que se marcha?

CABALLERO. Sí.

FABRICIO. Enseguida llamo a la patrona.

CABALLERO. ¿Acaso tiene que prepararla ella?

FABRICIO. Siempre lo ha hecho, incluso cuando vivía su padre. Es la responsable del negocio y la única que entiende de cuentas.

CABALLERO. Está bien. También quiero que recojas mi equipaje y prepares el coche para partir cuanto antes.

FABRICIO. Le serviré con muchísimo agrado. Pero ¿por qué tan pronto esta partida?

CABALLERO. No tengo por qué darte explicaciones. Date prisa.

FABRICIO. (Creo que Mirandolina le ha dado calabazas) (*Se va.*)

CABALLERO. (*Camina por la habitación.*) Siento al partir un malestar insólito que jamás había sentido. Pero tanto peor sería si me quedara... Sí, mujeres, siempre hablaré mal de vosotras; sí, vosotras, que nos hacéis daño incluso cuando queréis hacernos un bien... No quiero ser uno más en la nómina de las conquistas de Mirandolina. A todos los tiene fascinados, aunque no es extraño si también yo empezaba a sentirme arder. Pero me voy; venceré esta desconocida pasión antes de que se extienda y me mate.

Entra Mirandolina con un papel en la mano.

MIRANDOLINA. (*Triste.*) Aquí tenéis la cuenta que habéis pedido. La tenía preparada porque temía vuestra marcha. (*Se la entrega y se limpia los ojos con el delantal.*)

CABALLERO. ¿Qué tenéis? ¿Lloráis?

MIRANDOLINA. No, señor, me ha entrado humo en los ojos.

CABALLERO. (*Mirando la cuenta.*) Los platos especiales que me habéis dado esta mañana no están en la cuenta.

MIRANDOLINA. Lo que yo regalo, no lo cobro. Agradézcalo como un acto de... (*Se cubre como si llorase.*)

CABALLERO. Pero, ¿qué tenéis?

MIRANDOLINA. El humo o alguna irritación en los ojos.

CABALLERO. No querría que os hubiera hecho daño el cocinar para mí aquellos exquisitos platos.

MIRANDOLINA. (*Conteniendo el llanto.*) Si así fuera, lo sufriría... con gusto...

CABALLERO. En fin, tomad estas monedas y disfrutadlas a mi salud...

Mirandolina, sin hablar, cae desmayada sobre una silla.

CABALLERO. ¡Ay de mí! ¡Mirandolina! Se ha desmayado... ¿Será verdad que está enamorada de mí? ¿Y por qué no? ¿No estoy yo enamorado de ella? Mirandolina querida... ¿Querida, yo, a una mujer? Se ha desmayado por mí. Si tuviera algo con que hacerla volver en sí. ¿Hay alguien por ahí?... Iré yo a por algo. (*Se va.*)

MIRANDOLINA. (*Incorporándose.*) Ahora has caído del todo. Muchas son las armas con las que vencemos a los hombres. Pero cuando son obstinados,

el golpe que nunca falla es un desmayo. Ya vuelve. (*Se pone como antes.*)

El Caballero regresa con un vaso de agua.

CABALLERO. Ya estoy aquí. No ha vuelto en sí todavía. (*Le salpica la cara con el agua y ella se va moviendo.*) Ánimo, ánimo. Estoy aquí querida. No me voy por ahora.

Entra Fabricio.

FABRICIO. Ya está hecho lo que me pidió.

CABALLERO. ¡Vete!

FABRICIO. ¡Mirandolina!

CABALLERO. Vete inmediatamente.

FABRICIO. ¿Qué le ha hecho a mi patrona?

CABALLERO. Nada, sólo se ha desmayado.

FABRICIO. Tengo que ayudarla.

CABALLERO. Yo lo haré, y ahora vete o te rompo la cabeza. (*Le amenaza con el vaso.*)

CABALLERO. ¿Pero aún no vuelve en sí? Vamos, querida Mirandolina, animaos, abrid los ojos. Habladme con confianza.

Entra el Marqués.

MARQUÉS. (*Sorprendido.*) ¡Dios mío, Mirandolina...!

MIRANDOLINA. (*Se levanta.*) ¡Ay de mí!

MARQUÉS. Yo la he hecho volver en sí.

CABALLERO. ¿Estás bien, querida?

MARQUÉS. (*Al Caballero.*) ¿Qué? ¿Querida ha dicho?

CABALLERO. ¡Qué importa eso!

MARQUÉS. ¡Vaya con el que no podía ver a las mujeres! Me debéis una explicación.

CABALLERO. Váyanse todos al diablo. (*Tira el vaso contra el suelo en dirección al Marqués y se marcha.*)

MARQUÉS. (*Gritando.*) ¡Exijo que me dé satisfacción por esta afrenta! (*Se va tras él.*)

MIRANDOLINA. Misión cumplida. Su corazón arde, inflamado y en cenizas. Sólo me queda para redondear mi victoria que se haga público mi triunfo, para escarnio de hombres presuntuosos y en honor de nuestro sexo. (*Se va.*)

CUARTA ESCENA. SALA CON MESA DE PLANCHA Y ROPA.

Sala de plancha. Entra Mirandolina.

MIRANDOLINA. Tengo que planchar y ordenar toda esta ropa antes de que se seque. ¡Fabricio!

FABRICIO. (*Entrando.*) Señora.

MIRANDOLINA. ¿Puedes hacerme el favor de traerme una plancha caliente?

FABRICIO. No hay nada en la tierra que no hiciera por vos, aunque parece que eso no os importa demasiado.

MIRANDOLINA. ¿Me estás acusando de ser una ingrata?

FABRICIO. No, sólo digo que os gusta mucho la nobleza.

MIRANDOLINA. ¡Qué bobo! Anda, ve a buscarme la plancha.

FABRICIO. En un momento seréis servida.

MIRANDOLINA. Con los hombres, cuanto más se los quiere, es peor.

FABRICIO. (*Volviéndose.*) ¿Que habéis dicho?

MIRANDOLINA. Vamos, ¿me traes esa plancha?

FABRICIO. Sí, ya os la traigo. (*Sale.*)

MIRANDOLINA. Mi honor exige seguir combatiendo a aquellos que dicen ser enemigos de mujeres y vencerles con aquello que más odian. A cada hombre hay que tratarlo como merece y no como él cree merecer para conseguir lo que una mujer se propone. Al que adula hay que ignorarle, al que dice odiar hay que provocarle, y al que es fiel sirviente incitarle a que aspire a ser dueño, pues toda mujer desea que frente a ella se encuentre un hombre y no un muñeco. Pero quién soy yo para conocer a los hombres.

Regresa Fabricio.

FABRICIO. Cuando he puesto la plancha al fuego me ha solicitado el Caballero.

MIRANDOLINA. ¿Qué quería?

FABRICIO. Saber como se encuentra mi patrona.

MIRANDOLINA. ¿Le has dicho que estoy bien?

FABRICIO. (*Dándole un frasquito.*) Sí, pero él insiste en que bebáis un poco de esta esencia, dice que os sentará muy bien.

MIRANDOLINA. ¿Es de oro?

FABRICIO. Al menos eso parece.

MIRANDOLINA. ¿Por qué no me daría la esencia cuando me sobrevino aquel terrible desmayo?

FABRICIO. Creo que acaba de comprarlo a un joyero que he visto partir. Estaba terminando de llenarlo cuando me ha llamado.

MIRANDOLINA. (*Riéndose.*) Me manda la medicina cuando ya estoy curada.

FABRICIO. Entonces guardadlo para otra ocasión.

MIRANDOLINA. (*Dándole el frasquito.*) Devuélveselo.

FABRICIO. Ha insistido en que os lo quedéis.

MIRANDOLINA. Te digo que no lo quiero e insisto en que se lo lleves.

FABRICIO. Esta bien, se lo llevaré y traeré la plancha. (*Sale.*)

MIRANDOLINA. ¿Es que no comprende que no anhelo sus riquezas? Quiero que confiese el poder de las mujeres sin que pueda decir que son interesadas.

Vuelve Fabricio.

FABRICIO. Ya he devuelto el frasquito y aquí está la plancha.

MIRANDOLINA. ¿Está bien caliente?

FABRICIO. ¿Quién: la plancha, el Caballero o yo?

MIRANDOLINA. ¿Qué os pasa ahora?

FABRICIO. Que no me agrada que todo hombre que llega a esta posada quiera agasajaros.

MIRANDOLINA. Ya has visto que le he devuelto su regalo.

FABRICIO. Es que no se como entenderlo, unos los aceptáis, otros los rechazáis y a mí...

MIRANDOLINA. Qué poco conoces a las mujeres.

FABRICIO. Me temo que nada, y no quisiera terminar odiándolas tanto como dice el Caballero.

MIRANDOLINA. Anda y ve a prepararme otra plancha.

FABRICIO. Ya voy. Pero creedme, que si hablo...

MIRANDOLINA. No digas más. Vas a hacer que me enfade.

FABRICIO. Ya me callo. (*Se va.*)

Mirandolina comienza a planchar.

MIRANDOLINA. (*Viendo aparecer al Caballero.*) (Bueno, se va uno y viene otro.)

CABALLERO. Vengo a deciros que estoy muy quejoso de vos.

MIRANDOLINA. ¿Por qué, señor?

CABALLERO. Por rehusar mi modesto regalo. Podáis utilizarlo cuando lo necesitarais.

MIRANDOLINA. Gracias a Dios, no soy propensa a los desmayos. Nunca me había sucedido lo de hoy.

CABALLERO. Querida Mirandolina... no quisiera haber sido yo la causa de tan funesto accidente.

MIRANDOLINA. Pues sí, fuisteis vos.

CABALLERO. (*Ilusionado.*) ¿De verás?

MIRANDOLINA. En realidad debió ser por el maldito vino que me disteis.

CABALLERO. Entonces aceptad este frasquito como acto de desagravio.

MIRANDOLINA. Yo no acepto regalos.

CABALLERO. Sin embargo, los habéis aceptado del Marqués.

MIRANDOLINA. A la fuerza, por no disgustarle.

CABALLERO. ¿Queréis hacerme esta descortesía y disgustarme?

MIRANDOLINA. ¿Qué os importa a vos que una mujer os disguste? De todos modos no podéis ver a las mujeres.

CABALLERO. ¡Ay, Mirandolina! Ya no puedo decir eso. Vuestra belleza y vuestra gracia me han transformado.

Mirandolina se ríe mientras sigue planchando.

CABALLERO. ¿Os reís de mí?

MIRANDOLINA. De vuestra broma, que es muy buena.

CABALLERO. Conque una broma. Vamos, tomad este frasquito o me haréis montar en cólera.

MIRANDOLINA. (*Gritando.*) ¡Fabricio! ¡La plancha!

CABALLERO. (*Alterado.*) ¿Lo tomáis o no lo tomáis?

MIRANDOLINA. ¡Qué furia! (*Coge el frasquito y lo tira entre la ropa.*)

CABALLERO. ¡Así lo tiráis!

Entra Fabricio con la plancha.

FABRICIO. (*Mirando al Caballero con desprecio.*) Aquí estoy.

MIRANDOLINA. ¿Está bien caliente?

FABRICIO. Mucho.

MIRANDOLINA. ¿Qué tienes que pareces tan alterado?

FABRICIO. (*Muy serio.*) Nada, patrona. Dadme la otra plancha si queréis que la ponga al fuego.

MIRANDOLINA. Me parece que no te encuentras bien.

CABALLERO. Dadle la plancha de una vez y que se vaya.

MIRANDOLINA. Le quiero mucho. Es mi camarero de confianza y el mejor hombre que conozco. (*Le da la plancha.*) Toma, querido, caliéntala.

FABRICIO. (*Con ternura.*) Señora ama...

MIRANDOLINA. Vamos, date prisa.

FABRICIO. (*Mientras sale.*) (No entiendo nada.)

CABALLERO. ¡Muchas atenciones guardas con tu camarero! Se ve que estás enamorada de él.

MIRANDOLINA. No digo ni que si ni que no, mas él no carece de nada de lo que los otros presumen.

CABALLERO. Vos merecéis el amor de un rey.

MIRANDOLINA. ¿Rey de espadas o de copas?

CABALLERO. Hablemos en serio y dejémonos de bromas.

MIRANDOLINA. Hablad pues.

CABALLERO. ¿No podríais dejar de planchar un momento?

MIRANDOLINA. Me urge dejar lista esta ropa para mañana.

CABALLERO. ¿Os urge la ropa más que yo?

MIRANDOLINA. Desde luego. Esta ropa ha de prestarme un servicio, y de vos no puedo hacer cuenta para nada.

CABALLERO. Al contrario, de mí lo podéis esperar todo...

MIRANDOLINA. Os recuerdo que no podéis ver a las mujeres.

CABALLERO. No me atormentéis más. Ya os habéis vengado bastante. Os estimo, estimo a las mujeres que son como vos, si acaso las hubiera. Os amo y os pido respuesta.

MIRANDOLINA. (*Riendo.*) Veo que seguís bromeado.

CABALLERO. Ya no puedo más. Me siento desfallecer.

MIRANDOLINA. (*Le tira el frasquito.*) Tomad vuestra esencia para recuperar el ánimo.

CABALLERO. No me tratéis con tanta aspereza. Os juro que os amo. (*Quiere tomarle una mano y se quema con la plancha.*) ¡Ay!

MIRANDOLINA. ¡Perdonad! No lo he hecho adrede.

CABALLERO. No ha sido nada. Más grande es la quemadura que llevo en el corazón.

MIRANDOLINA. (*Riendo.*) ¡Fabricio!

CABALLERO. (*Muy enfadado.*) No llaméis a ése o no respondo de mis actos.

MIRANDOLINA. Pero si necesito otra plancha.

CABALLERO. Se acabaron las planchas y los criados. (*La sujeta por los brazos.*) Ahora vais a pagar todo el daño que me habéis hecho.

MIRANDOLINA. El daño os lo habéis hecho vos mismo y os exijo que me soltéis.

Trata de besarla, pero al negarse Mirandolina la aprieta con más fuerza.

CABALLERO. Os advierto que se acabaron los juegos y ahora vais a conocer mi ira. (*La golpea y la lanza contra el suelo.*) Lo que no habéis querido por las buenas lo vais a tener por las malas.

MIRANDOLINA. Sois un animal al que ninguna mujer podrá amar jamás.

El caballero trata de forzarla cuando entra Fabricio llevando la plancha en la mano.

FABRICIO. ¿Qué pasa aquí? *(Se abalanza contra el Caballero y le coge por el cuello con una mano, con la otra le amenaza con la plancha.)*

CABALLERO. ¡Soltadme! Esto no es asunto vuestro.

FABRICIO. Todo lo que ocurre con la mujer a la que amo es asunto mío, y más os vale calmar vuestro ímpetu si no queréis quedar planchado para siempre.

MIRANDOLINA. Suéltalo Fabricio, ya no es peligroso.

FABRICIO. Y ahora desapareced para siempre de esta posada. *(Lo suelta.)*

El caballero sale.

FABRICIO. ¿Estáis bien?

MIRANDOLINA. Sí, no ha pasado nada grave. Ahora voy a arreglarme un poco. Gracias.

FABRICIO. Os acompañaré, no vaya a ser que siga por ahí. *(Salen.)*

Entra el Marqués, va mirando su traje.

MARQUÉS. ¡Maldito sea el Caballero por haberme manchado mi mejor traje! Nadie creerá en mi fortuna si me ven con este aspecto. ¡Si supiese como

quitarla! Estas mujeres suelen algún mejunje que quita las manchas. (*Mira entre la ropa.*) ¡Qué bello frasquito! ¿Será de oro o de imitación? Si fuese de oro no lo habrían dejado aquí. Espero que al menos su contenido sirva para quitar la mancha.

Vuelve Fabricio.

FABRICIO. ¿Qué hacéis entre la ropa? ¿Acaso os gusta planchar?

MARQUÉS. Nada de eso, pero soy amigo de la limpieza y quería quitar esta pequeña mancha con el contenido de este frasquito.

FABRICIO. ¿Es vuestro, señor marqués?

MARQUÉS. ¿Acaso lo dudáis?

FABRICIO. No lo dudo. Afirmo que acaba de regalárselo el Caballero a mi patrona en señal del amor que le guarda.

MARQUÉS. ¿Estáis insinuando que ese hombre, tan enemigo de las mujeres, se ha enamorado de Mirandolina?

FABRICIO. Así es, ha enloquecido cuando ella lo ha rechazado.

MARQUÉS. Me alegro. Que conozca el mérito de esa mujer, para que vea que yo no me enamoro sino de quien lo merece; y que sufra y se quemé en castigo de su impertinencia. Que adorable es mi amada y fiel Mirandolina. Sabe elegir al hombre que más le conviene.

FABRICIO. ¿Por qué estáis tan convencido de que sólo a vos os ama?

MARQUÉS. Es evidente que no va a conocer a un hombre de tanta integridad valor y alcurnia como yo. Muy pronto será mi esposa.

FABRICIO. Yo no estaría tan seguro. *(Se va.)*

MARQUÉS. ¿Qué habrá querido decir ese bellaco? ¿Acaso Mirandolina no es fiel a mi amor? He de averiguarlo inmediatamente, y si me encuentro a ese Caballero juro a Dios que ha de rendirme cuentas de su traición. *(Sale.)*

Entra el Caballero.

CABALLERO. ¿Dónde estará esa arpía? He de decirle cuatro cosas antes de partir.

FABRICIO. *(Entrando.)* ¿A quién buscáis señor?

CABALLERO. Dime donde está tu patrona.

FABRICIO. Ya os avisé que debíais partir inmediatamente.

CABALLERO. No es a ti a quien debo rendir cuentas. Cuando yo mando, quiero que se me sirva. Pago por ello mi buen dinero y se las tendrá que ver conmigo.

FABRICIO. Vuestra señoría paga para ser servido en las cosas lícitas y honestas; pero no puede pretender que una mujer honrada...

CABALLERO. Tú no te metas en mis asuntos.

FABRICIO. Cuando esos asuntos afectan a mi honor, yo intervengo.

CABALLERO. ¡Fuera de aquí o te rompo el cráneo!

FABRICIO. Menos amenazas, Caballero, o vuelvo con la plancha. (*Sale.*)

CABALLERO. ¡Maldito sea este mísero criado!

Regresa el Marqués.

MARQUÉS. Así que aún seguís aquí.

CABALLERO. Esto no es asunto suyo.

MARQUÉS. Traidor. Ha llegado el momento de la venganza.

CABALLERO. ¿Qué decís?

MARQUÉS. Os hablo a vos, que con el pretexto de no poder sufrir a mujeres, habéis intentado arrebatarme el corazón de Mirandolina, que era ya conquista mía.

CABALLERO. ¿Yo?

MARQUÉS. No lo neguéis, lo sé todo. Volveos a mí y respondedme. ¿Os avergonzáis de vuestro mal proceder?

CABALLERO. Me avergüenzo de seguiros escuchando sin deciros que mentís.

MARQUÉS. ¿Me llamáis mentiroso?

CABALLERO. Sí.

MARQUÉS. Me rendiréis cuentas...

CABALLERO. Sí, os las rendiré... *(Coge un bastón de un paraguero.)*
Levantad vuestro bastón.

El Marqués trata de levantarlo y se queda con el mango en la mano.

MARQUÉS. ¡Uy qué despiste! No recordaba que se había soltado en el último combate. Será mejor resolver el asunto como personas civilizadas.

CABALLERO. *(Amenazante.)* Os merecéis que os humille públicamente. Y vais a pagar vuestra osadía, aunque antes me pagaréis el dinero que me debéis.

MARQUÉS. Lo gasté.

CABALLERO. *(Amenazándole con el puño.)* Sois tan fanfarrón como bellaco.

Entra Mirandolina acompañada por Fabricio.

MIRANDOLINA. ¡Alto, señores míos, alto! No permitiré que haya un combate en mi posada.

FABRICIO. *(Por mí se pueden matar.)*

MARQUÉS. Veis lo que ocurre por causa vuestra.

MIRANDOLINA. ¿Cómo por causa mía?

MARQUÉS. Aquí tenéis al Caballero. Está enamorado de vos y quiere matarme.

CABALLERO. Eso no es verdad.

MIRANDOLINA. Señor Marqués, os puedo asegurar con toda certeza que os engañáis. Este hombre no me ama.

MARQUÉS. Así que estáis de acuerdo con él, pero es algo que se sabe y se ve.

CABALLERO. (*Alterado, hacia el marqués.*) ¿Qué se sabe? ¿Qué se ve?

MARQUÉS. Digo que cuando algo es cierto, se sabe... y cuando no, no se ve.

MIRANDOLINA. Él niega que me ama y yo niego que le haya amado. Confieso la verdad, traté de conquistar a este hombre que desprecia a las mujeres, pero ha sido imposible. Señores míos, yo soy una mujer clara y sincera. Hablo cuando debo y no puedo ahora ocultar la verdad. He intentado enamorar al Caballero, pero no he conseguido nada. ¿No es así señor Caballero?

MARQUÉS. (*A Mirandolina.*) No tiene el valor de negarlo, luego lo reconoce.

CABALLERO. Vos no sabéis lo que decís.

MARQUÉS. Siempre la tomáis conmigo.

MIRANDOLINA. El señor Caballero no se enamora. Domina los trucos. Conoce las astucias de las mujeres y no cree en palabras ni se fía de las lágrimas. En cuanto a los desmayos, se ríe de ellos.

CABALLERO. ¿Son fingidas las lágrimas de las mujeres? ¿Son falsos sus desmayos?

MIRANDOLINA. ¡Cómo! ¿No lo sabe o finge no saberlo?

CABALLERO. ¡Voto al cielo! Un engaño así merecería una puñalada en el corazón.

MIRANDOLINA. No se acalore o estos señores dirán que está enamorado de veras.

MARQUÉS. Sí, lo está y no puede ocultarlo. Se le ve en los ojos.

MIRANDOLINA. No, señor, no está enamorado. Lo digo, lo sostengo y estoy dispuesta a probarlo.

CABALLERO. (No puedo más.) Marqués, cuando os podáis comprar un arma me encontraréis dispuesto para el combate. (*Se dispone a salir.*)

MIRANDOLINA. Esperad, señor Caballero, que está en juego vuestra reputación. Este señor, mi criado y el público creen que estáis enamorado. Es necesario desengañarlos.

CABALLERO. Sí, maldita, sé que me engañaste, sé que te envanece en tu interior por haberme humillado y veo hasta que punto quieres agotar mi paciencia. Merecías que pagase tus engaños con un puñal en el pecho;

merecías que te arrancase el corazón y lo exhibiese como muestra de las mujeres lisonjeras y engañosas. Pero sería humillarme doblemente. Huyo de tus ojos; maldigo tus halagos, tus lágrimas, tus engaños. Tú me has hecho conocer el infausto poder que tiene tu sexo sobre nosotros y me has hecho aprender que para vencerlo no basta despreciarlo: es mejor huir de él. (*Se va.*)

MARQUÉS. ¡Qué diga ahora que no está enamorado! Si me lanza otro mentís, lo desafío como caballero que soy.

MIRANDOLINA. Calle, señor, calle. Se ha marchado, y si no vuelve, me puedo llamar afortunada. Desgraciadamente he conseguido enamorarle, y yo misma me he puesto en grave peligro. No quiero saber más de estos enredos. Fabricio, ven aquí, querido, dame la mano.

MARQUÉS. (*Sorprendido.*) ¿Fabricio querido, ha dicho?

MIRANDOLINA. Sí, eso he dicho, amo a Fabricio y deseo casarme con él.

FABRICO. Un momento, señora. Os habéis divertido enamorando a la gente de esta manera. ¿Y pensáis que yo quiera casarme con vos?

MIRANDOLINA. Ha sido una broma, un juego de amor propio. Estaba soltera, no tenía a nadie que mandase en mí.

MARQUÉS. Mirandolina, aunque no consigo entender vuestra elección, mi nobleza me obliga a aceptar vuestra decisión. Mejor es un huevo hoy que una gallina mañana. Contad con mi bendición.

MIRANDOLINA. La única bendición que necesito es mi amor, y si Fabricio me quiere, yo, en presencia vuestra declaro mi amor por él.

MARQUÉS. Sois una gran mujer.

FABRICIO. Poco a poco, señora...

MIRANDOLINA. ¿Cómo poco a poco? ¿Qué sucede? ¿Qué dificultad hay? Vamos, dame la mano.

FABRICIO. Quisiera que antes estableciéramos nuestras condiciones.

MIRANDOLINA. ¿Qué condiciones?

FABRICIO. El amor es negocio de dos, los demás se vuelven intrusos.

MIRANDOLINA. Muy cierto. (*Se vuelve hacia el Marqués.*) Ahora he de suplicarle que se busque otra posada. La temporada ha terminado y hemos de cerrar un tiempo para realizar cambios para la próxima.

MARQUÉS. Mirandolina, no se me puede despachar de esta manera...

MIRANDOLINA. No se preocupe. Haga cuenta que no me debe nada.

MARQUÉS. No sabéis cuanto os lo agradezco, os lo pagaré todo en cuanto...

MIRANDOLINA. Por favor, señor marqués, no tiene que justificarse.

MARQUÉS. Criado, prepara el equipaje para mi marcha. (*Sale Fabricio.*)

MIRANDOLINA. Sin la deuda que habéis contraído conmigo y con lo que os darán al empeñar el frasquito, encontraréis acomodo en cualquier sitio y a mujeres hermosas a quienes regalar.

MARQUES. Tenéis la habilidad de manejar a los hombres a vuestro antojo y vuestras maneras obligan a mucho.

FABRICIO. (*Entrando.*) Excelencia, todo está preparado. (*Salen los dos.*)

MIRANDOLINA. Al cambiar de estado, también quiero cambiar de costumbres, y aprovéchense ahora sus señorías de cuanto han visto, en provecho y seguridad de su corazón. Y si acaso se encontrasen en ocasión de dudar, de ceder, de caer, piensen en las malicias aprendidas y acuérdense de la Posadera. (*Sale.*)

FIN